

CAPÍTULO 2

El enigma Trump. Perspectivas sociológicas sobre el ultraconservadurismo estadounidense

AGUSTÍN MOLINA Y VEDIA

2.1 El conservadurismo del siglo XXI. Investigaciones sociológicas sobre la radicalización de la derecha en Estados Unidos

La victoria de Donald Trump en noviembre de 2016 no contribuyó a rehabilitar el prestigio de las ciencias sociales. Una vez más, los científicos blandos quedaron expuestos al escarnio por su incapacidad para predecir, defecto que carcome su reputación desde tiempos de Auguste Comte. Como agravante, el sorprendente triunfador había hecho del desprecio a los expertos uno de sus pilares discursivos. Vencer pronósticos adversos de la encuestología fue la legitimación perfecta para un líder que denunciaba oscuras conspiraciones en su contra, comandadas sin falta por sicofantes de alto nivel educativo. En el campo político opuesto reinaba la incredulidad ante un escenario imprevisto y distópico. Los gurús de la estadística quedaron contra las cuerdas, obligados a enfrentar cuestionamientos a su pericia e imparcialidad.^[1]

No obstante, el acervo de conocimiento sociológico contenía reflexiones detalladas sobre el ascenso de la derecha radical en

[1] La mejor defensa del gremio la realizó Nate Silver, «The Real Story of 2016», *Five Thirty Eight*, vol. 19 (2017), disponible en <<https://fivethirtyeight.com/features/the-real-story-of-2016/>> (visitado el 18-07-2021).

Estados Unidos. Con su *best seller* de 2004, *What's the Matter With Kansas?* Thomas Frank alertó sobre múltiples dinámicas que, más de una década después, depositarían a Trump en la Casa Blanca. En su estado natal, Frank percibió el giro a la derecha de los distritos obreros, la puja entre sectores ultraconservadores y moderados al interior del Partido Republicano, la preponderancia de las *culture wars* en desmedro de las identidades de clase y el arte persuasivo de los agitadores reaccionarios. Abandonados por el Partido Demócrata de Bill Clinton, los postergados se aferraban a sus verdugos, que prometían acabar con el aborto, la educación sexual y el evolucionismo darwinista. Cuando accedían al poder, esos representantes desatendían el frente cultural y seguían al dedillo el programa político de las grandes corporaciones. Este antielitismo instrumental, que excluía los conflictos materiales y fijaba el odio en los modales refinados de la *intelligentsia* metropolitana, funcionaba para Frank como un hechizo por el que ciudadanos comunes y corrientes votaban en perjuicio de su propio interés.^[2]

La elección de Barack Obama en 2008 realzó el vigor de este filón extremista. Una perorata televisiva de Rick Santelli, corredor de bolsa furioso ante los planes de Obama para lidiar con la crisis hipotecaria, disparó una ola de movilizaciones conservadoras a lo largo y ancho del país. El nuevo movimiento, bautizado *Tea Party* en honor a los patriotas anticolonialistas del siglo XVIII, reunió a más de mil grupos organizados localmente. Su irrupción en la esfera pública concitó el interés de Theda Skocpol, que, en compañía de Vanessa Williamson, emprendió una investigación de campo sobre el fenómeno. Contra las versiones más difundidas acerca de la formación emergente, las autoras no encontraron ni un movimiento puramente espontáneo, ni un ardid pergeñado por multimillonarios astutos. En cambio, descubrieron una red tenue que aunaba militancia de base, medios de comunicación conservadores y organizaciones promotoras del libre mercado a ultranza.

Más sensibles que Frank a la iniciativa de los agentes, Skocpol y Williamson retrataron el fervor cívico de los *tea partiers*, inscripto

[2] Thomas Frank, *What's the Matter With Kansas?*, Nueva York: Metropolitan Books, 2004.

en la vibrante tradición democrática de su país. Este compromiso contrastaba con una marcada animosidad hacia los ajenos al grupo. Los militantes del *Tea Party* exigían el recorte de la ayuda social a los más necesitados, reclamaban medidas férreas contra los inmigrantes ilegales y atacaban a sus adversarios políticos con una violencia retórica cuya concreción física no podía descartarse.^[3] En Obama encontraron el blanco perfecto para ventilar conjuntamente sus prejuicios racistas y su resentimiento hacia la élite cultural. Las promesas de cambio que entusiasmaban a los jóvenes liberales eran, para los miembros del *Tea Party*, «una amenaza horrenda».^[4]

Este malestar abrió una oportunidad para la clase multimillonaria, que insistió en su programa de refundación del Partido Republicano. A través de organizaciones como Americans for Prosperity y Freedom Works, los plutócratas pujaron por exenciones impositivas, el fin de las regulaciones ambientales y el desmantelamiento de la seguridad social. Entre los militantes de a pie y estas cúpulas se establecieron «lazos relajados de conveniencia». Los primeros obtenían recursos financieros, las segundas, una masa inquieta de la que podían autoproclamarse voceras. Skocpol y Williamson no se privaron de señalar la fragilidad de esta alianza: la aplicación del manual fundamentalista agitado por los magnates hubiera implicado la eliminación de prestaciones estatales de vital importancia para los activistas del llano. La prédica inespecífica contra los designios socialistas de Obama servía para soslayar ese conflicto de interés básico, que no podría sino aflorar en caso de que la oposición se convirtiera en gobierno.

Las autoras vislumbraban otros dos focos potenciales de tensión. El primero, porque una sección del *Tea Party* abrazaba el rigor fiscal, pero no compartía la agenda cultural de los fanáticos religiosos. El segundo, más claramente conjetural, oponía a los *tea partiers* y la

[3] Con puntería admirable, Skocpol y Williamson eligieron a Charlottesville para una porción considerable de su trabajo de campo. En agosto de 2017, esa ciudad de Virginia fue sede de una manifestación de extrema derecha que dejó el saldo de una muerta y más de treinta heridos. Trump condenó la violencia «de ambos bandos», en un guiño nada sutil al supremacismo blanco.

[4] Theda Skocpol y Vanessa Williamson, *The Tea Party and the remaking of Republican conservatism*, Nueva York: Oxford University Press, 2012, pág. 82.

población general, cuya actitud hacia el movimiento podría cambiar una vez que sus posiciones xenófobas y homofóbicas adquirieran mayor publicidad. En suma, Skocpol y Williamson registraron los temblores, pero confiaron en que la radicalidad del *Tea Party* lo aislaría de la sociedad estadounidense.

Justo cuando Skocpol y Williamson concluían su investigación, la socióloga Arlie Russell Hochschild comenzaba su trabajo de campo en Luisiana. A través de la temática ambiental, Hochschild buscó elucidar el problema, más amplio, de por qué los habitantes de un estado que precisaba ayuda gubernamental urgente rechazaban con ahínco esa intervención. Al verse afectados personalmente, los *tea partiers* no podían sino reconocer el descalabro ecológico, pero desviaban la culpa de las corporaciones hacia las agencias reguladoras del Estado. En su cosmovisión, las empresas eran las únicas aliadas del hombre trabajador, cuyo trayecto social ascendente resultaba perturbado por los favoritismos del Estado federal. Gran hermano entrometido, mendigo insistente, el gobierno central era denostado por sus acciones a favor de las minorías. La discriminación positiva [*affirmative action*] orientada a mujeres y afroamericanos acrecentaba el descontento de estos conservadores, persuadidos de que los ociosos estaban horadando los cimientos del *sueño americano*.

Por el lapso de su investigación, Hochschild llegó a registrar el entusiasmo de los *tea partiers* frente al avance de Trump en las internas republicanas. Ante todo, el empresario funcionó como un candidato emocional, hábil para explotar la sensación blanca de ser postergado por minorías advenedizas: «Él estaba descartando no solo una serie de actitudes “políticamente correctas”, sino una serie de *reglas de sentimiento*, esto es, una serie de ideas acerca del modo correcto de sentirse respecto a los negros, las mujeres, los inmigrantes y los gays».^[5] En abierta disputa con Frank, Hochschild recomendó abandonar el reduccionismo economicista y tomar en serio el «interés propio emocional» [*emotional self-interest*] de los sujetos. La hipótesis de la manipulación escamoteaba un indispensable ejercicio de empatía y borraba las profundas raíces históricas

[5] Arlie Russell Hochschild, *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, Nueva York: The New Press, 2016, pág. 227.

del malestar. Dos momentos claves del derrotero nacional, la Guerra Civil de los 1860 y el movimiento contra la segregación de los 1960, alimentaban la irritación frente a las «injerencias externas». En la memoria emotiva de los *tea partiers*, ambas coyunturas involucraban agentes del Norte empeñados en trastocar el orden interno del Sur. Con Trump, ese fastidio pasó a la ofensiva franca, prolongando la corriente de efervescencia colectiva incubada en el *Tea Party*.

En los comicios de 2016, sin embargo, el apoyo a Trump desbordó los reductos ultraconservadores, congregó a los republicanos en su conjunto y perforó la «pared azul» de los demócratas en el *Rust Belt*.^[6] Si bien sugerentes, los enfoques previos no alcanzaban para comprender lo ocurrido. De los esfuerzos por explicar el fenómeno surgieron tres líneas de interpretación principales, cada una con su propia conjetura acerca del vínculo entre acontecimiento político y sustrato social.

2.2 La minoría victoriosa. El populismo autoritario como reacción cultural

Para Alan Abramowitz, se equivocan quienes denuncian a Donald Trump por dividir a los estadounidenses. Mucho antes de su salto a la arena política, afirma, la creciente tensión ideológica de la sociedad impactó en la configuración partidaria. Atrás quedaron los años del *New Deal*, en los que el Partido Demócrata cobijaba simultáneamente a blancos del Sur, trabajadores sindicalizados del Norte y una minoría negra de escaso peso electoral. A partir de los sesenta, las identidades políticas comenzaron a virar al compás del cambio social. El movimiento por los derechos civiles, la inmigración a gran escala y la liberación femenina, para mencionar solo algunos de los procesos significativos desatados a mediados

[6] Se denomina *Rust Belt* («Cinturón del Óxido») a una región del norte de Estados Unidos caracterizada, desde finales de los setenta, por un declive pronunciado de su otrora pujante sector industrial. En 2016, Trump se hizo con tres estados del *Rust Belt* (Michigan, Pensilvania y Wisconsin) que habían votado por el candidato demócrata en todas las elecciones presidenciales desde 1992. Este suceso cuestionó la hipótesis de una «pared azul» (por el color que identifica al Partido Demócrata) que obstaculizaba el camino de los republicanos hacia la Casa Blanca.

del siglo XX, pusieron en jaque la unanimidad de los valores culturales. Estas fracturas pronto impactaron en los partidos, cuyas bases se volvieron cada vez más homogéneas, al tiempo que las orientaciones individuales se tornaban más extremas.

En el caso de las opiniones sobre el Estado de Bienestar, la polarización fue asimétrica. Con el aliento persuasivo de Ronald Reagan, los simpatizantes republicanos intensificaron su apreciación negativa de la asistencia provista a los afroestadounidenses, las cargas impositivas y la intervención gubernamental en las áreas de salud y trabajo. Pese a que el movimiento de los demócratas hacia la izquierda fue leve, el celo neoconservador alcanzó para montar un escenario de contrastes notorios. En cuanto a los derechos individuales y de las minorías, por el contrario, Abramowitz corrobora una polarización simétrica. A lo largo de las últimas tres décadas, las filas de ambos partidos han endurecido sus posicionamientos respecto al aborto y los derechos de los homosexuales, llegando a coordenadas irreconciliables. Paralelamente, las convicciones sobre estos tópicos siguieron cada vez más de cerca de las preferencias relativas al Estado de Bienestar. De acuerdo a los relevamientos estadísticos, la congruencia ideológica está en alza, aumentando la proporción de estadounidenses que sostiene valores netamente liberales o conservadores. Como nunca antes, las creencias de un individuo sobre el aborto pueden inferirse de su rictus frente al gasto fiscal.

Esta superposición de líneas de disenso redundante en una polarización afectiva que sustenta el auge del «partidismo negativo» [*negative partisanship*]. Si se compara con el humor preponderante en los ochenta, el terreno contemporáneo destaca por los sentimientos negativos dirigidos contra el candidato ajeno. Por esa razón, el apego a los propios representantes se nutre del rechazo que generan sus contrincantes. De estas tendencias nace un panorama de elecciones generales reñidas, elevada lealtad al partido, predominio del voto a boleta completa y disminución de «estados oscilantes» [*swing states*]. Esta fijeza del mapa electoral trasluce el ascendiente de la raza en la demarcación política. Desde los setenta, la población blanca engrosó las huestes republicanas, compensando el Partido Demócrata esa pérdida a través de la simpatía de afroestadounidenses, hispanos y asioestadounidenses. El

incremento demográfico de estas minorías equilibró las fuerzas y trazó una clara brecha racial entre los partidos. Cambiar de partido es como cambiar de piel, metamorfosis harto improbable que pocos conciben.

En el fondo de estos reposicionamientos cunde la animosidad racial. De hecho, anota Abramowitz, el papel del resentimiento blanco en la definición del sufragio creció exponencialmente en las últimas décadas. Incluso en las internas que enfrentaron a Barack Obama y Hillary Clinton, la inclinación de los votantes blancos mostró una estrecha correlación con los índices de resentimiento racial. Previsiblemente, este factor fue aún más determinante en las elecciones generales de 2008 y 2012. En su reelección, para citar solo un ejemplo, Obama perdió el voto blanco por más de veinte puntos, remontando ese margen merced al espaldarazo del 82 % de los votantes no blancos.

Trump, entonces, se montó en una ola de la que no fue su hacedor. De seguro, su trabajo difamatorio contra Obama atizó el odio, pero la audiencia estaba congregada desde antes.^[7] Durante la competencia interna por la nominación republicana, recibió un respaldo abrumador entre los individuos que puntuaban alto en el índice de resentimiento racial. Su habilidad para erigirse en portavoz de esa emoción fue clave para desafiar la ley no escrita que asignaba la elección del candidato a las élites partidarias. Abramowitz postula, vía la aplicación de variables de control, que la importancia de esta afección eclipsó a los motivos económicos: «gran parte de la relación aparente entre clase social y apoyo a Trump parece haber estado mediada por el resentimiento racial, era más probable que los republicanos menos educados y de ingresos más bajos apoyaran a Trump básicamente porque tendían a presentar niveles más altos de resentimiento racial que aquellos con más educación e ingresos».^[8]

[7] En el libro de Skocpol y Williamson, Trump recibe sus únicas menciones como agitador del *birtherism*, corriente de opinión que exigía la divulgación del certificado de nacimiento de Obama, incitando sospechas sobre su procedencia (Skocpol y Williamson, *The Tea Party and the remaking of Republican conservatism*, op. cit., pág. 194).

[8] Alan Abramowitz, *The Great Alignment: Race, Party Transformation and the Rise of Donald Trump*, New Haven: Yale University Press, 2018, pág. 140.

Este esquema causal se traslada a la puja con Clinton. Trump, arguye Abramowitz, pudo sobreponerse a su elevada imagen negativa por la combinación de dos elementos. En primer lugar, operó la inquina de las bases republicanas hacia los demócratas en general y hacia Clinton en particular. El partidismo negativo hizo que también aquellos que abrigaban serias reservas respecto a Trump preservaran la lealtad partidaria. En segundo lugar, el resentimiento propició un vuelco en aquellas jurisdicciones que definieron la contienda: «Un número de estados en los que a Donald Trump le fue excepcionalmente bien comparado con Mitt Romney están en el Noreste y Medio Oeste, incluyendo a los estados oscilantes de Iowa, Ohio, Michigan y Wisconsin. Todos estos estados tienen proporciones relativamente bajas de no blancos y relativamente grandes de votantes blancos de clase obrera».^[9]

Al momento de discernir la relevancia de los aspectos económicos y culturales, Abramowitz persiste en su hipótesis nodal. Aunque debe admitir que los prejuicios raciales y el inconformismo económico estuvieron ligados, aventura que la primacía correspondió a los primeros. La evaluación de la economía nacional influyó en los electores, reconoce, pero es plausible que ese mismo diagnóstico estuviera atravesado por la animadversión racial. El análisis de encuestas descarta, para la población blanca, un vínculo significativo entre situación económica personal y predilección por Trump. En cambio, confirma al resentimiento racial como principal variable explicativa de esa inclinación.^[10] Para Abramowitz, el resultado de 2016 plasmó el descontento frente a las alteraciones demográficas y culturales del último medio siglo más que una protesta ante los efectos materiales de la globalización.

La propuesta de Pippa Norris y Ronald Inglehart, sin duda más ambiciosa, se inscribe en la misma disyuntiva entre explicaciones culturalistas y economicistas. En *Cultural Backlash*, los autores amplían el campo de observación, interrogando el avance sincrónico del populismo autoritario en Estados Unidos y Europa. Su modelo subsume la victoria de Trump bajo una teoría general del conflicto en el mundo desarrollado y matiza el influjo de las notas específicas

[9] *Ibidem*, pág. 148.

[10] *Ibidem*, págs. 158-159.

de la sociedad estadounidense, otorgando preeminencia al clivaje generacional, denominador común de los múltiples cimbronazos sufridos por el consenso liberal-democrático en años recientes.

El primer acto del libreto lo constituye la «revolución silenciosa» protagonizada por la generación criada en la segunda posguerra, consistente en la sustitución de valores materialistas, organizados en torno a la seguridad económica y física, por otros «posmaterialistas», orientados hacia la libertad de elección individual y la expresión del sí mismo.^[11] Con el tiempo, este viraje quedaría asociado al ambientalismo, la liberalización sexual, el cosmopolitismo, la igualdad de género y el respeto por las minorías. Cada generación reza el argumento, se adentró un poco más que la anterior en la ruta del posmaterialismo, pero la dinámica cultural que brotó de esta transformación no siguió una función lineal. Según Norris e Inglehart, las sociedades occidentales avanzadas alcanzaron un «momento crítico» [*tipping point*] en el que las lentas mutaciones precipitaron un salto cualitativo: «Cambios en el tamaño relativo de los grupos mayoritarios y minoritarios pueden desencadenar un giro decisivo en las actitudes y comportamientos colectivos, catalizando una reacción cuando un grupo previamente dominante percibe que sus normas y creencias básicas están siendo abrumadas por las mareas sociales y que están perdiendo su estatus hegemónico».^[12] De ambos lados del Atlántico, los nacidos en el período de entreguerras lideran la resistencia a la revolución silenciosa mientras los parámetros demográficos se vuelcan en su contra.

Este contragolpe entraña el resurgimiento de principios autoritarios, que atacan tanto a las minorías históricamente vilipendiadas como a la élite liberal, repudiada como una nueva mayoría peligrosa. Norris e Inglehart definen al autoritarismo a partir de tres columnas elementales. En primer término, resaltan la preocupación por la seguridad ante la intromisión de extraños, figurados como inmigrantes que saturan el mercado de trabajo, violadores

[11] Ronald Inglehart, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1977.

[12] Pippa Norris y Ronald Inglehart, *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism*, Nueva York: Cambridge University Press, 2019, pág. 44.

y/o terroristas ladinos. Luego, incluyen la exigencia de conformidad con tradiciones culturales y modos de vida ortodoxos, que denigra a las libertades individuales y menosprecia la diversidad. Por último, el autoritarismo supone la obediencia a líderes fuertes que se reputan indispensables para proteger al grupo, debilitando el andamiaje regulatorio de la democracia liberal.

Ese debilitamiento, añaden, se acelera con la intervención del estilo retórico populista, que corroe la fe en la autoridad legítima de los representantes electos. Norris e Inglehart reducen el trajinado fenómeno populista a dos premisas simples. La primera es el desafío lanzado contra el establishment, categoría que puede denotar a políticos de carrera, burócratas del sector público, jueces, lobistas, intelectuales o científicos. Complementariamente, el populismo consagra al pueblo como única fuente válida de autoridad moral y política. De este modo, instituye una separación tajante entre ciudadanos ordinarios y élites corruptas que resquebraja los diques de la institucionalidad democrática, haciéndolos vulnerables al torrente autoritario.

Al mentado sesgo etario agregan un dato trascendental sobre la propensión de las cohortes a involucrarse en política formal: «es muchísimo más probable que la generación de entreguerras y la del *baby boom* participen en las elecciones que los millennials, en un grado mucho mayor de lo que han indicado estudios anteriores. Esto lleva a disparidades sustanciales por cohorte de nacimiento y a la sobrerrepresentación del “voto gris” en los partidos y elecciones».^[13] En este punto se abre una brecha entre procesos de cambio cultural de larga duración y procesos de representación política. El posmaterialismo acarrea una dosis de desapego por la política institucional que funciona como un as en la manga de los reaccionarios.

A pesar de que en Estados Unidos, la estructura de la oferta política afecta las chances del populismo autoritario, el sistema mayoritario se probó incapaz de contenerlo. La moderación supuestamente garantizada por el bipartidismo fue derribada desde adentro por Trump. Más allá de esta peculiaridad, el reclutamiento de seguidores respetó el patrón típico del populismo autoritario.

[13] *Ibidem*, pág. 277.

El eje materialismo-posmaterialismo, de influencia marginal a lo largo del siglo XX, ocupó un lugar inédito en la configuración del espacio político. En las elecciones de 2016, «los puros materialistas tuvieron una probabilidad 3.8 veces mayor de votar a Trump que a Clinton, en tanto que los posmaterialistas puros tuvieron una probabilidad 14.3 veces mayor de votar a Clinton».^[14] Amplificando una tendencia verificada en los años de Obama, el antagonismo cultural opacó a la discusión sobre economía, clásica de la pugna entre izquierda y derecha. La mera existencia de un vector que divide a la sociedad no es suficiente para convertirlo en centro de atención. Este salto, remarcan Norris e Inglehart, depende de un quehacer político: «Figura sexista, racista, xenófoba, autoritaria y antiambientalista, Trump es la antítesis de todo lo que valoran los posmaterialistas. Por consiguiente, es precisamente el tipo de candidato que, según la tesis de la revolución silenciosa, polarizaría el voto entre materialistas y posmaterialistas –y lo hizo con un alcance asombroso».^[15]

Como era de esperar, el choque mostró un franco registro generacional. Entre los mayores de 65 años, el 54 % manifestó una opinión favorable de Trump, guarismo que se desplomó al 20 entre los que no llegaban a las tres décadas de vida. Otra vez, millennials y nacidos en el período de entreguerras se encontraron en lados opuestos de la trinchera. Variables aledañas que gravitan globalmente en el regreso autoritario también contribuyen a entender el éxito de Trump. Como es la norma, su atractivo fue mayor entre los hombres, las personas con bajo nivel educativo y los habitantes de zonas rurales. Norris e Inglehart, al igual que Abramowitz, detectan que el juicio sobre el rumbo económico fue relevante en la determinación del voto, pero en menor grado que los indicadores culturales.

En su núcleo, el apoyo a Trump «puede explicarse en gran medida como un fenómeno psicosocial, reflejo de una reacción nostálgica de conservadores sociales y sectores viejos del electorado en busca de un baluarte contra largos procesos de cambio valorativo, la “revolución silenciosa” que transformó a la cultura

[14] *Ibidem*, pág. 345.

[15] *Ibidem*, pág. 346.

norteamericana durante la segunda parte del siglo XX». [16] Su flamante estatus de minoría los empujó a la acción y la diferencia generacional en la *ratio* de participación les permitió disputar un desenlace abierto. A este activo se sumó la modalidad del colegio electoral, que perjudicó a las zonas urbanas y magnificó a los estados republicanos. Clinton obtuvo casi tres millones de votos más que Trump, pero eso solo hizo más amarga la derrota.

Aquí, subrayan Norris e Inglehart, las reglas del juego profundizaron el desacople entre cultura y política. Puede que Trump sea un síntoma de la época, pero no su retrato fiel. Lejos de encarnar un clamor unificado, ventila la angustia de un grupo en retirada. Por eso, las páginas de *Cultural Backlash* son cautamente optimistas. Si el populismo autoritario pretende dañar a la tradición cívica, sus enemigos disponen de medios para frenarlo. Movilizar a los jóvenes, reducir la desigualdad económica y educar contra la xenofobia son los vértices de un triángulo virtuoso con chances reales de vencer. La demografía, porfían, está del lado de la democracia.

2.3 Los Estados Unidos de la gente común

En la trayectoria intelectual del politólogo Morris Fiorina, los eventos de 2016 significaron un llamado a reanudar querellas pasadas. Para su mirada experta, los discursos sobre la división alarmante de la sociedad repetían un error prolongado e inmune a los datos. Ya en 2004, el profesor de Stanford había cargado contra la lectura de la reelección de George W. Bush como indicio de una fractura insalvable del pueblo estadounidense. En *Culture War?* escrito con la ayuda de Samuel J. Abrams y Jeremy C. Pope, Fiorina sentó las bases de una interpretación opuesta a la idea de reacción cultural. El postulado básico del libro era que la afamada polarización de Estados Unidos abarcaba únicamente a su clase política, mientras la ciudadanía permanecía en un centro pragmático dispuesto al compromiso y proclive al término medio.

Las caricaturas que contrastaban al Sur republicano, pintándolo como el reino de bastos portadores de armas, con un Norte refinado, cosmopolita y ateo, ocultaban un sinnúmero de confluencias. En las

[16] *Ibidem*, pág. 353.

encuestas de opinión, los pobladores de estados rojos y azules solo diferían ligeramente en temas de educación, género e inmigración. Incluso en los tópicos más espinosos, añadió, el desacuerdo no justificaba las metáforas bélicas circulantes. La lucha por el aborto era, por entonces, el terreno de debate por excelencia. En el foro público, describió Fiorina, grupos evangelistas reñían con feministas pertinaces, acentuando la impresión de un abismo cultural formidable. El instrumental sociológico, sin embargo, revelaba que el grueso de los ciudadanos se ubicaba a distancia apreciable de ambas posturas.

Fiorina vio en este desfase la expresión *in nuce* del malentendido inherente al concepto de «guerra cultural». En efecto, la polarización era una tendencia circunscripta a las élites políticas, un desplazamiento que atañía únicamente a funcionarios y activistas, sector ínfimo de la población total. Los medios, en su búsqueda de audiencia, amplificaban la voz de estos círculos, propagando una visión distorsionada del temperamento nacional. Debajo de esta bruma ideológica, una mayoría de moderados se veía forzada a elegir entre candidatos unguados por dos minorías intensas. La radicalización aparente de la ciudadanía no era, para el autor, más que una ilusión óptica generada por el deslizamiento hacia los extremos de la clase política. El menú había cambiado, no los comensales.^[17]

El resultado de 2016 no conmovió su fe en la medianía del pueblo estadounidense. Cuando arreciaron las advertencias de una guerra civil próxima, Fiorina se asumió otra vez como portavoz de la templanza. Al igual que quince años atrás, consoló, el termómetro sociológico acreditaba la estabilidad en la incidencia del racismo y el machismo. Quienes veían un brote fascista incurrieran en la falacia de tomar la parte por el todo, infiriendo erróneamente la voluntad de los votantes republicanos a partir del puñado de energúmenos que presenciaban los mítines de Trump. La razón primordial de su elección no era un giro súbito hacia la derecha, sino el repudio contra Clinton: «Inspeccionando los datos, la noción de que, el día de los comicios, millones de norteamericanos se despertaron

[17] Morris Fiorina *et al.*, *Culture War? The Myth of a Polarized America*, Nueva York: Pearson, 2006, pág. 8.

pensado “¡Al fin un racista/sexista/demagogo por el que votar!” es muy dudosa. Muchos más amanecieron preguntándose si era mejor votar por Alien o por Predator». [18] Fiorina concedió que, independientemente de la intención de los votantes, el nuevo ciclo podría tener grandes consecuencias. No obstante, el sustrato social establecería límites a la capacidad de maniobra del cuadragésimo quinto presidente. Una reorientación drástica de las políticas públicas era de esperar, pero la deriva totalitaria, como el estallido violento, estaba vedada.

Herederos del planteo medular de Fiorina, Jon Herbert, Trevor McCrisken y Andrew Wroe anudan su dictamen sociológico a una disección de la inoperancia política de la administración Trump. Los autores ratifican que se trata de un presidente extraordinario, pero sostienen que su presidencia es ordinaria. Ignorando por completo el saber acumulado sobre la dimensión performativa del lenguaje, el trío separa la metodología de Trump, que concierne a su retórica, su estilo, sus palabras y promesas, del resultado de sus políticas y la sustancia de sus acciones. Trump, aducen, cultivó un personaje estafalario que obnubiló a detractores y fanáticos, distrayéndolos de una realidad prosaica.

Parte de la continuidad se explica por los factores que recalcó Fiorina. En vez de articular una alianza novedosa, aglutinando en un bloque a sectores hasta entonces ajenos entre sí, Trump apostó a los republicanos de siempre. Su influencia sobre los blancos de escaso nivel educativo solo puede sorprender a un observador desprevenido, inconsciente del tinte republicano de este grupo. Si bien la animosidad racial de sus votantes fue patente, es difícil ver en ella un ingrediente imprevisto del *Grand Old Party* (GOP). A la vez, los proyectos más originales del magnate tuvieron poco eco en las filas del Partido. Sus proclamas contra los tratados de libre comercio apelaron a una minoría nacionalista, sin impresionar a

[18] Morris Fiorina, *The Meaning of Trump's Election Has Been Exaggerated*, 2018, disponible en <https://www.realclearpolitics.com/articles/2018/01/10/the_meaning_of_trumps_election_has_been_exaggerated__135968.html> (visitado el 07-10-2021). Un argumento similar se lee en Morris Fiorina, «Are We on the Verge of Civil War? Some Words of Reassurance», *Defining Ideas* (2018), disponible en <<https://www.hoover.org/research/are-we-verge-civil-war-some-words-reassurance>> (visitado el 07-10-2021).

la más extensa fracción tradicionalista. La prohibición a la entrada de extranjeros provenientes de países musulmanes coincidió con la mengua en el sentimiento contra los inmigrantes. Si Trump no espantó a los simpatizantes partidarios, tampoco los hizo mudar de opinión.

A estos parámetros, cercanos a la elucubración sociológica de Fiorina, los autores agregan un estudio minucioso del fracaso estratégico del presidente. Para ellos, la normalidad es el punto de encuentro de la inercia social con la impericia política. Antes del traspaso de mando, múltiples comentaristas anticipaban el despliegue de un feroz movimiento antiestablishment que trastornaría la dinámica institucional de la nación. Las dotes comunicacionales de Trump serían la piedra angular de este asalto sin precedentes. Herbert, McCrisken y Wroe afirman que estos pronósticos fallaron por soslayar la diferencia entre astucia electoral y aptitud para gobernar. En su trayecto hasta el Salón Oval, Trump acaparó el foco de los medios masivos de comunicación con rencillas personales y juicios temerarios de nula consistencia o precisión factual. Esa maestría en el arte de obtener cobertura gratuita de los medios no se tradujo en habilidad para fijar agenda. El carácter disperso de los mensajes presidenciales fue del todo incompatible con la tarea de establecer prioridades, movilizar prosélitos y ejercer presión sobre los representantes.

En las artes palaciegas, el desempeño no fue más eficaz que en las interpelaciones al llano. Herbert, McCrisken y Wroe describen a un presidente que desconoció los resortes del poder y malogró los recursos de la Casa Blanca. En lugar de rodearse de expertos, Trump se informó a través de Fox News, cadena ultraconservadora sintonizada entre cuatro y ocho horas por día, y designó a los miembros de su equipo con la lealtad como criterio supremo. La contracara paranoica de esta obsesión lo obligó a un ritmo afiebrado de sustituciones y fomentó rivalidades en la mesa chica. Este núcleo disfuncional quedó inerme ante el Estado administrativo que Steve Bannon, aspirante a monje negro, había jurado «deconstruir». Al final, no tuvo más remedio que apelar a republicanos convencionales para ocupar cargos clave de la gestión.

La misma resignación se afincó en el Congreso. Carente de un programa legislativo, Trump debió asumir el que le presentaron los

cabecillas del Partido. Las dos metas inaugurales fueron abrogar *Obamacare*, ley promulgada en 2010 que había extendido la cobertura de salud a más de 20 millones de estadounidenses y sancionar una reforma tributaria. A la falta absoluta de originalidad, Trump sumó una gran torpeza en el manejo de los códigos parlamentarios. Por la composición del Legislativo, la aprobación de los proyectos requería atraer demócratas en el Senado y contentar a las diversas facciones de su bloque en la Cámara de Representantes. Herbert, McCrisken y Wroe atribuyen los traspiés en esta arena a las excen-tricidades de Trump. El presidente invirtió posicionamientos sin previo aviso, comprendió vagamente los asuntos a tratar e insultó públicamente a legisladores cuya colaboración precisaba. En consecuencia, sus aliados lo pensaron dos veces antes de expresarse a favor de políticas que al poco tiempo podían ser descalificadas por el mismísimo Trump y sus opositores no vieron motivos para cooperar. Así, los planes más osados del magnate se perdieron en la nada: «cuando se trató de recortes bruscos a departamentos federales, el muro, la reforma inmigratoria o la infraestructura, el Partido negó su apoyo a Trump. Muchas veces, no se llegó a un voto final que hubiera avergonzado al presidente».^[19]

Además de modestos, los logros del cuadragésimo quinto presidente estuvieron perfectamente alineados con las directrices del conservadurismo republicano. En la selección de Neil Gorsuch, Brett Kavanaugh y Amy Coney Barrett para la Corte Suprema, la deferencia con las élites permaneció intacta. En las acciones ejecutivas tendientes a la desregulación y el achicamiento del Estado federal, la herencia de Reagan y Bush fue evidente. Los lobistas de Washington, aludidos en el slogan de campaña que amenazaba con «drenar el pantano», prosiguieron con su oficio sin ataduras ni obstáculos. En política exterior, agregan Herbert, McCrisken y Wroe, la estrategia de asegurar la paz a través de demostraciones de fuerza hundió sus raíces en un manifiesto publicado por Barry Goldwater en los sesenta.^[20] Con todos sus riesgos y miserias, este

[19] Jon Herbert *et al.*, *The Ordinary Presidency of Donald Trump*, Londres: Palgrave MacMillan, 2019, pág. 174.

[20] Candidato a la presidencia en 1964, Goldwater sufrió una derrota aplastante a manos de Lyndon B. Johnson. Pese a la debacle, su manifiesto *The Conscience of a Conservative* (1960) prefiguró a la Nueva Derecha de los

modelo implicó deshacer lo actuado por Obama para retornar a una matriz geopolítica republicana. Restarle carga fiscal al quintil más encumbrado tampoco lo desmarcó de la ortodoxia.

En vista de estas continuidades, Herbert, McCrisken y Wroe concluyen que el Partido cooptó a Trump y no al revés: «el supuesto tribuno de la clase trabajadora mutó en un clásico plutócrata republicano, con el gabinete más rico de la historia, recortando los impuestos de los adinerados y los servicios sociales y sanitarios de los pobres, y firmando tratados de libre comercio que imitan a aquellos que reemplazan».^[21] La membrana populista escondió una sustancia ordinaria, los modos extravagantes sirvieron a objetivos corrientes.

Para esta segunda perspectiva, los temores por el deterioro democrático son infundados. La moderación de la ciudadanía y los contrapesos institucionales anulan la posibilidad de un quiebre siniestro de la historia. Tras la cortina de humo del escándalo, permanece indemne una sociedad mesurada, suspicaz de las cruzadas ideológicas, que mata con la indiferencia a las fantasías grandilocuentes. En la mañana del 20 de enero de 2017, día de la investidura, la multitud escueta decepcionó sus propias expectativas. Ocho años antes, el triple de personas había vitoreado al primer mandatario negro de la historia estadounidense. Kellyanne Conway, consejera presidencial, buscó refugio en «datos alternativos» que estimaban una concurrencia inigualable. La frase fijó un símbolo acertado para una dirigencia que veía correligionarios donde no los había. Como líder de masas, Trump fracasó antes de empezar.

setenta. Este movimiento, afín a la derecha evangélica, promovió un giro populista del Partido Republicano, fustigando a las élites metropolitanas y enfatizando la defensa de la moral conservadora, la dignidad de la familia tradicional y el combate contra la legalización del aborto. Sarah Posner indaga la relación de Trump con esta vertiente (véase Sarah Posner, *Unholy: Why White Evangelicals Worship at the Altar of Donald Trump*, Nueva York: Penguin Random House, 2020).

[21] Herbert et al., *The Ordinary Presidency of Donald Trump*, op. cit., pág. 217.

2.4 Industria cultural y pseudoconservadurismo. Enseñanzas francfortianas sobre el fascismo en Estados Unidos

Si el orgullo pesara más que el sentimiento de responsabilidad, la teoría crítica hubiera celebrado socarronamente los acontecimientos de 2016. Por décadas, las advertencias de los exiliados alemanes sobre el potencial fascista de la sociedad estadounidense habían sido descartadas como la exageración de marxistas agoreros. La conversión de una estrella de *reality show* en presidente reaccionario reivindicó a estos pensadores, que captaron tempranamente la interpenetración de mercancía y represión, consumo y violencia. Según John Abromeit, el olvido de las investigaciones de la Escuela de Fráncfort sobre el fenómeno autoritario preparó el asombro ante el triunfo de Trump. Desgraciadamente, prosigue, el evolucionismo que irritaba a los francfortianos aún impregna el sentido común de los académicos. Cuestionar esta fe supone recordar el alegato de los expatriados contra la tesis del *Sonderweg* alemán: «Horkheimer y los teóricos críticos reconocieron que el fascismo había brotado de algunas de las tendencias más profundas y poderosas latentes en las sociedades modernas capitalistas, y que esas tendencias no habían sido extirpadas por la rendición incondicional de los fascistas en 1945».^[22] El capitalismo estadocéntrico de los *Trente Glorieuses* mermó el ímpetu del populismo de derecha, pero el aumento de la desigualdad y las crisis abruptas de la fase neoliberal lo revitalizaron.

Abromeit complementa esta invocación a las premisas del materialismo histórico con el rescate de categorías del análisis cultural. Para inteligir la aparición del *Tea Party* y su desembocadura en Trump recupera el concepto de «pseudoconservadurismo», acuñado por Adorno en su colaboración con Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y Nevitt Sanford. A diferencia del conservador auténtico en su respeto de la democracia, el pseudoconservador es «un hombre que, en nombre de valores e instituciones americanos

[22] John Abromeit, «Frankfurt School Critical Theory and the Persistence of Authoritarian Populism in the United States», en *Critical Theory and Authoritarian Populism*, ed. por Jeremiah Morlock, Londres: University of Westminster Press, 2018, pág. 20.

tradicionales y defendiéndolos contra peligros más o menos ficticios, pretende consciente o inconscientemente su abolición».^[23] En Estados Unidos, señala Adorno, el riesgo hace nido en este autoritarismo solapado. Bajo condiciones normales, el pseudoconservador parece integrado al consenso democrático, pero, en el momento crítico, revela su faz genuina. Abromeit concibe a la reconstrucción de la derecha local como un desplazamiento hacia el pseudoconservadurismo, incipiente en el *Tea Party* y explícito en Trump. Para Abromeit, la conclusión de Adorno puede plagiarse con sumo provecho: «la meta por la que se afana la mentalidad pseudoconservadora –de forma difusa y semiconsciente– es la de establecer una dictadura del grupo económicamente más fuerte».^[24]

En el rastreo bibliográfico, los discípulos de Fráncfort no buscan una fuente de inspiración remota, sino el archivo para constatar lazos históricos que operan en el plano psicosocial. Las continuidades imaginarias con el pasado resultan de un trabajo de memoria de los agentes reaccionarios, en amalgama con los malestares endémicos del capitalismo. Douglas Kellner, albacea intelectual de Herbert Marcuse, acude a la obra de Erich Fromm para ensayar una clínica a distancia de Trump y sus adeptos. El accionar de estos agentes trasluce, en opinión de Kellner, un racimo de patologías. En su trato con propios y extraños, Trump hace gala de un sadismo sin límite. El deseo de lastimar y humillar, típico de la personalidad autoritaria, pulsa en la demanda de violencia contra los opositores, en el trato denigratorio de las minorías y en la promesa de restituir el submarino y formas aún más cruentas de tortura, que no especifica justamente para excitar la imaginación de sus oyentes. El narcisismo, otro de los rasgos que preocupaba a Fromm, campea en la manía de grabar su apellido en productos tan diversos como una cadena de hoteles, una universidad efímera y una línea de bistecs. Deseoso de exponer su modo de vida en los escaparates publicitarios, comenta Kellner, Trump es un espécimen grotesco del «consumo conspicuo» analizado por Thorstein Veblen. El ansia

[23] Theodor Adorno, «Estudios sobre la personalidad autoritaria», en *Escritos Sociológicos II*, Madrid: Akal, 2009, vol. 1, pág. 371.

[24] *Ibidem*, pág. 384.

de protagonismo se une, así, a la «agresividad maligna» que los *winner*s deben descargar sobre los *loser*s.^[25]

La ligazón de Trump con el pasado excede la repetición de taras psicológicas. En *American Nightmare*, Kellner compila sus guiños a la tradición ultraconservadora estadounidense. Durante sus alocuciones, Trump practica las *dog whistle politics*, estratagema que consiste en proferir un mensaje polisémico, inocuo a los ojos del público general, pero con implicancias maliciosas que un grupo marginal detecta. Cuando exclama *America First*, Trump refuerza la idea de que protegerá los puestos de trabajo y terminará con los abusos de la diplomacia internacional. Al mismo tiempo, rehabilita el lema de quienes se opusieron a la intervención del país en la Segunda Guerra Mundial, muchas veces por sus simpatías con el Eje. Por esta vía, alienta subrepticamente a los grupos neonazis, racistas y antisemitas, que aguardan el momento de salir al sol. En carriles menos extremos, Nixon emerge como punto de referencia. Los halagos a la «mayoría silenciosa» retrotraen a finales de los sesenta, aunque los vocingleros ridiculizados ya no son los manifestantes contra la guerra de Vietnam sino los adalides de la corrección política.^[26]

La interpretación de Kellner reúne dos afirmaciones que hasta aquí hemos presentado divorciadas. Primero, remarca las continuidades en la vida cultural estadounidense. El autoritarismo no debe adjudicarse a un brote reciente que sirve de réplica ante el cambio social, ni a un extremismo de nueva data. Si bien la fase neoliberal del capitalismo contribuyó a su eclosión, el nodo antidemocrático jamás dejó de manifestarse, como atestigua el recelo de los francfortianos. Segundo, ubica a las instituciones políticas al borde del precipicio. Contra quienes equiparan lo ordinario a lo inofensivo, asevera que las disposiciones téticas pueden enquistarse en hábitos duraderos y compartidos. Para dar la voz de alarma no es preciso registrar un desvío mayúsculo en los indicadores de la opinión pública. La administración Trump puede tener mucho

[25] Douglas Kellner, «Donald Trump as Authoritarian Populist: A Frommian Analysis», en *Critical Theory and Authoritarian Populism*, ed. por Jeremiah Morlock, Londres: University of Westminster Press, 2018.

[26] Douglas Kellner, *American Nightmare: Donald Trump, Media Spectacle and Authoritarian Populism*, Boston: Sense Publishers, 2016.

de republicana y lanzar, por eso mismo, un ataque brutal contra la democracia.

En sintonía con Kellner, Henry A. Giroux endilga a los acuerdos bipartidistas parte de la culpa por el manto de respetabilidad que cubre a los abusos del poder: «El Partido Demócrata opera al servicio de la maquinaria de guerra, la élite financiera y varios rangos del complejo militar-industrial-académico-vigilante. En el actual clima político, centrismo y extremismo son cada vez más indistinguibles».^[27] Este avance de la crueldad, sin embargo, trasciende la iniciativa autónoma de los agentes políticos y las creencias de un sector delimitable de la sociedad. Característica sistémica, permea la vida colectiva más allá de identidades partidarias y escalas de actitud.

A juicio de Giroux, el aspecto más dañoso concierne al uso y representación de la violencia. En calidad de pedagogo, denuncia la colonización securitaria del espacio escolar. Una ciudadanía que permite la intromisión policial en las escuelas y el consecuente tratamiento carcelario de su comunidad abdica de una de sus tareas primordiales. La aquiescencia con estas prácticas delata una indiferencia moral grave. Ese punitivismo contra los menores de edad forma parte de un esquema racista y clasista, que allana el camino del aula a la cárcel. Giroux añade que las tácticas de opresión utilizadas en el extranjero han sido adaptadas a la gestión interna de los postergados: «A medida que la guerra contra el terrorismo retorna a casa, los espacios públicos han sido militarizados y las fuerzas policiales han tomado el rol de un ejército de ocupación, especialmente en los barrios de minorías pobres. Actuando como una fuerza paramilitar, la policía se ha transformado en el nuevo símbolo del terrorismo doméstico, hostigando a la juventud racializada a través de la criminalización de un multitud de comportamientos».^[28] Mientras se entonaban loas a la sociedad posracial, un paradigma de segregación homologable al de Jim Crow sobrevivía intocado. Las conclusiones sobre el significado

[27] Henry Giroux, *The Public in Peril: Trump and the Menace of American Authoritarianism*, Nueva York: Routledge, 2018, pág. 3.

[28] *Ibidem*, pág. 128.

histórico de Obama se probaron apresuradas cuando un racista lo sucedió en el cargo.

Este salto, sostiene Giroux, hubiese sido imposible sin el concurso de una industria del entretenimiento que banaliza la violencia. La cultura de la crueldad se inculca a través de productos mercantiles variados, entre los que se destacan las ceremonias militares intercaladas en eventos deportivos (con financiación del Pentágono), los videojuegos que colocan al usuario en la piel de francotiradores incontinentes y las leyendas de apoyo a las tropas en los tickets bancarios. Este festival de hipermasculinidad y agresión emula la militarización fascista de la esfera pública. La apariencia ligera de estas estrategias engaña y lleva a subestimar su poder para moldear subjetividades.

En su diatriba contra la lógica espectacular, Giroux refresca las admoniciones francfortianas sobre la industria cultural. Refugiados en California, Adorno y Horkheimer desmenuzaron la sumisión del arte al dominio del capital, que vislumbraron como un anticipo de lo que ocurriría en Europa. El par filosófico acusó la homogeneización mercantil de la cultura, que tendía a suprimir la individualidad y cualquier atisbo de confrontación con el sistema. Giroux teme que este proceso se encamine a su culminación perfecta. Trump es el emblema de una época marcada por el «analfabetismo manufacturado», que trata al pensamiento como una forma de estupidez y glorifica la ignorancia. La clausura de la agencia crítica aqueja de manera particular a los jóvenes, cuyo naufragio en un océano de distracciones es erróneamente atribuido a los trastornos de atención. Ese cuadro psiquiátrico, replantea Giroux, es un efecto colateral de la despolitización, que desune a las personas y las priva de facultades contemplativas. El espectáculo sacrifica al pensamiento en el altar de la pasión egoísta: «la cultura de la celebridad es el envés del nuevo analfabetismo de América, el borde suave del fascismo que festeja sin restricciones a la riqueza, el narcisismo y el glamour».^[29] En la indistinción de entretenimiento y crueldad el trumpismo tiene su momento de verdad, en el que devela una clave del malestar en la cultura.

[29] *Ibidem*, pág. 144.

Contra las ideas de reacción cultural y polarización de las élites, los teóricos críticos insisten en la unidad de política y sociedad. Trump, dicen, surgió de las entrañas nacionales, exponente de una historia que muchos quieren olvidar o tabicar en el pasado. Encomendarse a los moderados, como Fiorina, o al recambio generacional, a la manera de Norris e Inglehart, equivoca la médula del asunto.^[30] En una coyuntura catastrófica, la indiferencia, el absentismo electoral y la tibieza equidistante son parte del problema, no de la solución. Hasta el posmaterialismo juvenil es contraproducente porque aviva políticas de la identidad que fragmentan las demandas y debilitan al conjunto.^[31] Sumidos en este panorama, el estupor y la pasividad de los foros académicos complican la articulación de una resistencia. Aquí irrumpe, con toda su potencia, el legado francfortiano. La investigación administrativa puede, a lo sumo, comprobar hechos anormales o hablar cuando es demasiado tarde. La alternativa crítica asume al pensamiento como una oposición a lo existente que, antes de ofrecer antidotos, paliativos o esperanzas, toma nota del sufrimiento irreparable.

2.5 Resaca. El trumpismo después de la administración Trump

La derrota de Trump en 2020 no saldó el debate sobre su significado histórico, pero sí lo depuró de hipótesis endebles. Con el desconocimiento de los resultados eleccionarios y el asalto al Capitolio, la postura de Fiorina y sus epígonos se probó insostenible. Si los insurgentes aún podrían ser descartados como una minoría aislada, la misma artimaña retórica fracasa ante el 78% de los votantes republicanos que, sin prueba alguna, cree que las

[30] En el libro colectivo que reúne los artículos de Abromeit y Kellner, Samir Gandesha discute expresamente con Norris e Inglehart, a los que imputa un optimismo desmedido equiparable, según Gandesha, a las ilusiones de la socialdemocracia alemana en los años treinta (Samir Gandesha, «Understanding Right and Left Populism», en *Critical Theory and Authoritarian Populism*, ed. por Jeremiah Morlock, Londres: University of Westminster Press, 2018).

[31] Giroux, *The Public in Peril: Trump and the Menace of American Authoritarianism*, op. cit., pág. 156.

elecciones fueron fraudulentas.^[32] La imagen de una base templada que opta por un líder extremo a regañadientes se diluye con el respaldo mayoritario de los votantes conservadores a tácticas violentas y denuncias infundadas.

Las otras dos vertientes explicativas entablan un contrapunto más fecundo. Muerto Inghehart, Norris continúa en soledad el monitoreo de las instituciones democráticas estadounidenses. La politóloga juzga preocupante el cuadro posterior a las elecciones, advirtiendo que el Partido Republicano ya no confía en triunfar por las buenas y, por eso, incurre en prácticas antidemocráticas como la supresión del voto de las minorías y la manipulación en el trazado de los distritos electorales [*gerrymandering*]. El deterioro de la legitimidad soberna en Estados Unidos es lento pero seguro y se expresa en la suspensión de las fórmulas, legales y consuetudinarias, a través de las cuales los derrotados admiten la validez de los resultados. A tono con la idea de polarización asimétrica expuesta por Abromeit, Norris alerta sobre el acercamiento del GOP a posturas típicas del populismo autoritario europeo.^[33] En consecuencia, prescribe líneas de acción para contrarrestar las tácticas de este sector recalcitrante, aconsejando la abolición del filibusterismo y la promulgación de la *For the People Act*, que resguarda el derecho al voto y promueve la transparencia en el financiamiento de las campañas.^[34]

Los afines a la teoría crítica, en cambio, fijan su mirada en lógicas sistémicas, que no se rigen por demarcaciones partidarias. Dylan Riley, por ejemplo, entrevé un conflicto material detrás de las pugnas culturales, usualmente analizadas desde un paradigma idealista. Riley argumenta que, en una economía estancada hace

[32] The Economist / YouGov, «The Economist/YouGov Poll», *YouGov*, 21-24 de noviembre 2020.

[33] Pippa Norris, «Can our Democracy survive if most Republicans think the government is illegitimate?», *The Washington Post* (11 de diciembre de 2020), disponible en <https://www.washingtonpost.com/outlook/trump-democratic-legitimacy-election/2020/12/11/1adfe688-3b14-11eb-9276-ae0ca72729be_story.html> (visitado el 07-10-2021).

[34] Pippa Norris, «American democracy is at risk from Trump and the Republicans. What can be done?», *The Guardian* (2021), disponible en <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/jun/06/republican-party-donald-trump-american-democracy-elections>> (visitado el 07-10-2021).

décadas, recrudece la disputa por transferencias directas del Estado. Al cierre social basado en la raza y la nacionalidad, los demócratas responden con un programa, también excluyente, basado en la acreditación académica. Sin un proyecto económico-social verdaderamente inclusivo, capaz de quebrar la disputa de suma cero por las redistribuciones vía gasto público, la atracción por el ultraconservadurismo perdurará.^[35] Con tonada similar, Susan Watkins pone reparos a las proclamas que anuncian el fin del neoliberalismo en Estados Unidos. La fracción de izquierda liderada por Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez omite los rasgos imperiales del neokeynesianismo propuesto por Biden. Pese a su giro a la izquierda, la insistencia del nuevo presidente en la «competencia con China» reproduce la jerga nacionalista de Trump y recuerda taras estructurales de la potencia mundial.^[36] En vez de responder a la avanzada autoritaria con un elitismo defensivo, los teóricos críticos llaman a examinar los puntos ciegos de la *intelligentsia* liberal para articular políticas masivas, igualitarias y de corte internacionalista. Contra el fascismo, la mejor defensa es un buen ataque.

Referencias

- ABRAMOWITZ, ALAN, *The Great Alignment: Race, Party Transformation and the Rise of Donald Trump*, New Haven: Yale University Press, 2018, referencia citada en páginas 37, 38.
- ABROMEIT, JOHN, «Frankfurt School Critical Theory and the Persistence of Authoritarian Populism in the United States», en *Critical Theory and Authoritarian Populism*, ed. por Jeremiah Morlock, Londres: University of Westminster Press, 2018, referencia citada en página 48.
- ADORNO, THEODOR, «Estudios sobre la personalidad autoritaria», en *Escritos Sociológicos II*, Madrid: Akal, 2009, vol. 1, referencia citada en página 49.
- FIORINA, MORRIS, «Are We on the Verge of Civil War? Some Words of Reassurance», *Defining Ideas* (2018), disponible en <<https://www.hoover.org/research/are-we-verge-civil-war-some-words-reassurance>> (visitado el 07-10-2021), referencia citada en página 44.

[35] Dylan Riley, «Líneas de fractura», *New Left Review*, n.º 126 (2021), págs. 39-56.

[36] Susan Watkins, «Cambios de paradigma», *New Left Review*, n.º 128 (2021), págs. 7-27.

- FIORINA, MORRIS, *The Meaning of Trump's Election Has Been Exaggerated*, 2018, disponible en <https://www.realclearpolitics.com/articles/2018/01/10/the_meaning_of_trumps_election_has_been_exaggerated_135968.html> (visitado el 07-10-2021), referencia citada en página 44.
- FIORINA, MORRIS; SAMUEL ABRAMS y JEREMY POPE, *Culture War? The Myth of a Polarized America*, Nueva York: Pearson, 2006, referencia citada en página 43.
- FRANK, THOMAS, *What's the Matter With Kansas?*, Nueva York: Metropolitan Books, 2004, referencia citada en página 32.
- GANDESHA, SAMIR, «Understanding Right and Left Populism», en *Critical Theory and Authoritarian Populism*, ed. por Jeremiah Morlock, Londres: University of Westminster Press, 2018, referencia citada en página 53.
- GIROUX, HENRY, *The Public in Peril: Trump and the Menace of American Authoritarianism*, Nueva York: Routledge, 2018, referencia citada en páginas 51-53.
- HERBERT, JON; TREVOR MCCRISKEN y ANDREW WROE, *The Ordinary Presidency of Donald Trump*, Londres: Palgrave MacMillan, 2019, referencia citada en páginas 46, 47.
- HOCHSCHILD, ARLIE RUSSELL, *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, Nueva York: The New Press, 2016, referencia citada en página 34.
- INGLEHART, RONALD, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1977, referencia citada en página 39.
- KELLNER, DOUGLAS, *American Nightmare: Donald Trump, Media Spectacle and Authoritarian Populism*, Boston: Sense Publishers, 2016, referencia citada en página 50.
- «Donald Trump as Authoritarian Populist: A Frommian Analysis», en *Critical Theory and Authoritarian Populism*, ed. por Jeremiah Morlock, Londres: University of Westminster Press, 2018, referencia citada en página 50.
- NORRIS, PIPPA, «American democracy is at risk from Trump and the Republicans. What can be done?», *The Guardian* (2021), disponible en <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/jun/06/republican-party-donald-trump-american-democracy-elections>> (visitado el 07-10-2021), referencia citada en página 54.
- «Can our Democracy survive if most Republicans think the government is illegitimate?», *The Washington Post* (11 de diciembre de 2020), disponible en <https://www.washingtonpost.com/outlook/trump-democratic-legitimacy-election/2020/12/11/1adfe688-3b14-11eb-9276-ae0ca72729be_story.html> (visitado el 07-10-2021), referencia citada en página 54.
- NORRIS, PIPPA y RONALD INGLEHART, *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism*, Nueva York: Cambridge University Press, 2019, referencia citada en páginas 39-42.
- POSNER, SARAH, *Unholy: Why White Evangelicals Worship at the Altar of Donald Trump*, Nueva York: Penguin Random House, 2020, referencia citada en página 47.

- RILEY, DYLAN, «Líneas de fractura», *New Left Review*, n.º 126 (2021), págs. 39-56, referencia citada en página 55.
- SILVER, NATE, «The Real Story of 2016», *Five Thirty Eight*, vol. 19 (2017), disponible en <<https://fivethirtyeight.com/features/the-real-story-of-2016/>> (visitado el 18-07-2021), referencia citada en página 31.
- SKOCPOL, THEDA y VANESSA WILLIAMSON, *The Tea Party and the remaking of Republican conservatism*, Nueva York: Oxford University Press, 2012, referencia citada en páginas 33, 37.
- WATKINS, SUSAN, «Cambios de paradigma», *New Left Review*, n.º 128 (2021), págs. 7-27, referencia citada en página 55.